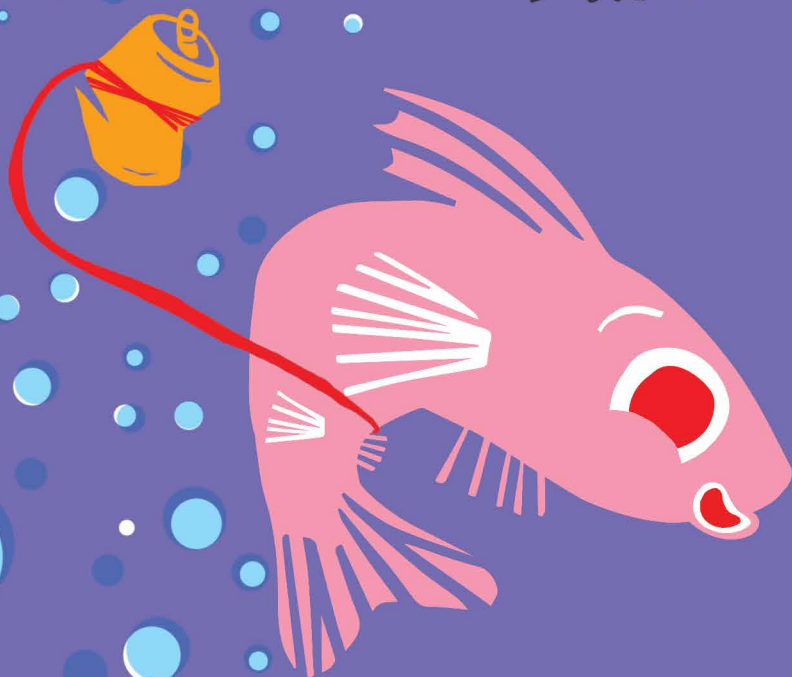


THIAGO CASABULHO



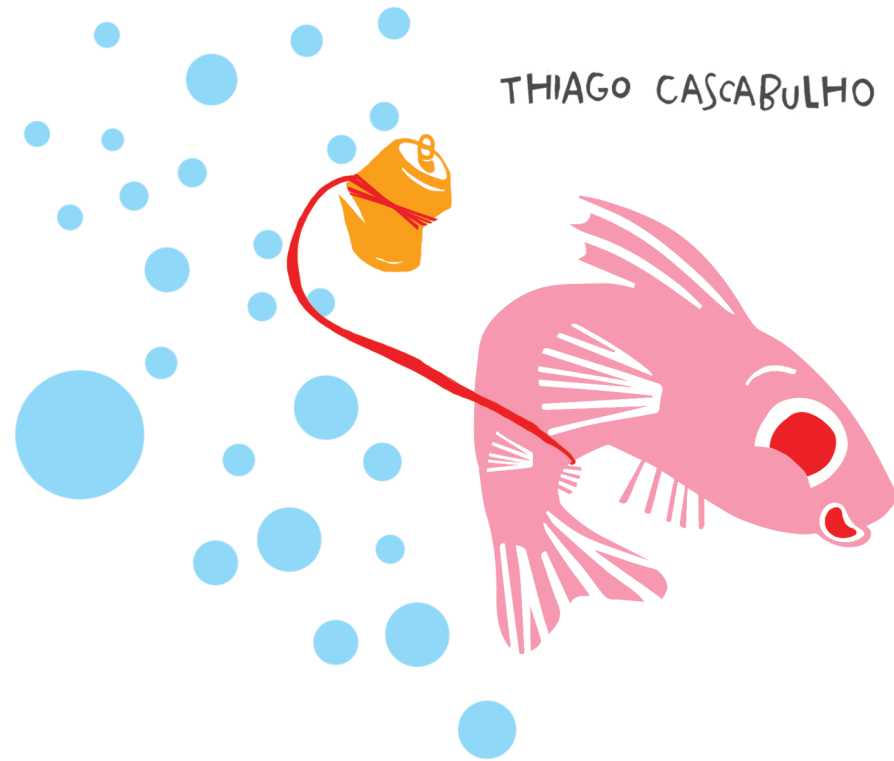
AMIGA LATA, AMIGO RÍO

TRADUCCIÓN
FÁTIMA MATIOLLO

ILUSTRAÇÕES
ESTÚDIO REBIMBOCA



THIAGO CASABULHO



AMIGA LATA, AMIGO RÍO

ILUSTRAÇÕES
ESTUDIO REBIMBOCA

3ª EDIÇÃO

PARATY

2017



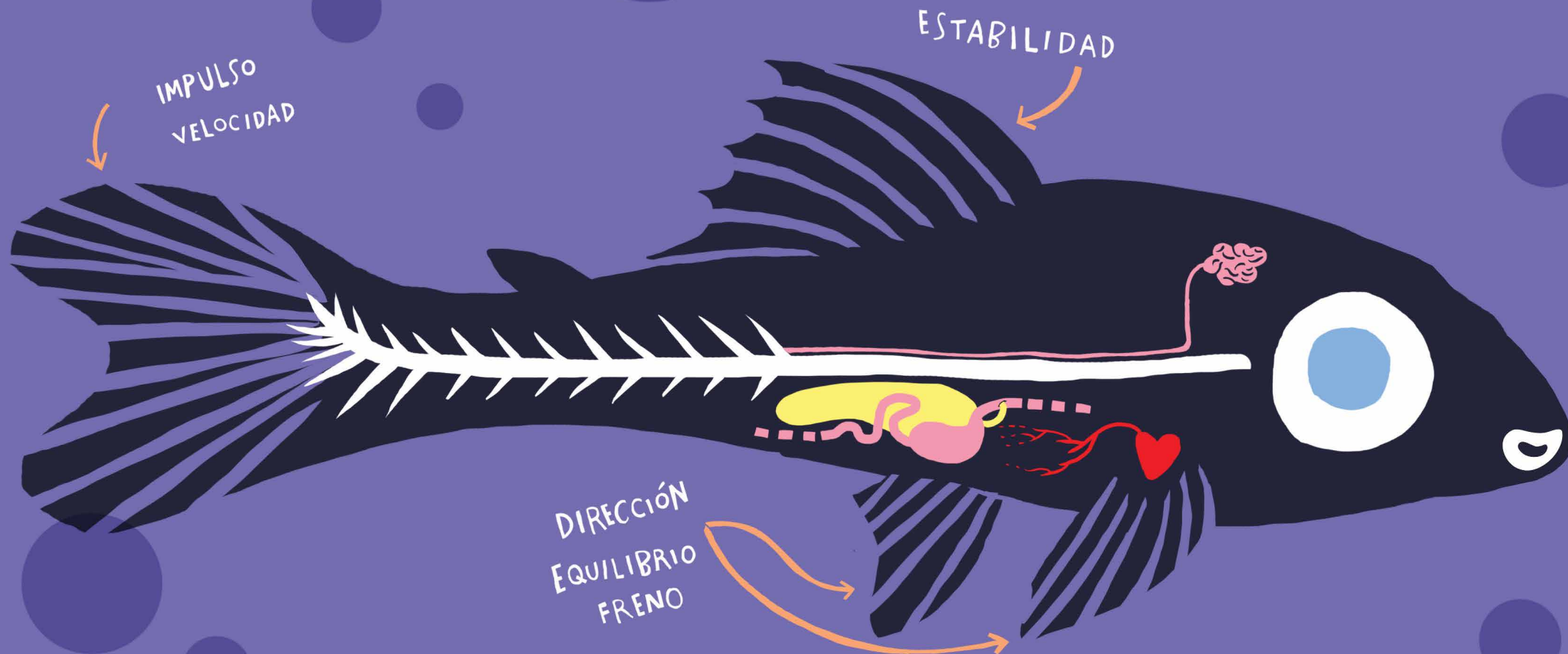
MINISTÉRIO DA
CULTURA





ÍNDICE

4	¿Quieres una vieja del agua?
6	Nadando contra la corriente
10	Doña Mancha
17	Un nuevo amigo
22	El camino de aguas claras
28	Encuentro con el ser humano
34	Naciente
41	Volver a empezar



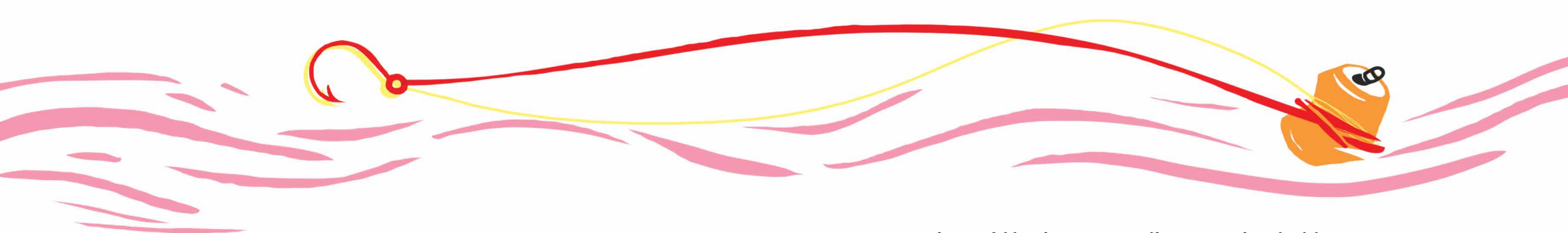
¿QUIERES UNA VIEJA DEL AGUA?

El personaje de la historia contada aquí es una vieja del agua. ¿Ya has escuchado hablar de la vieja del agua? ¿Si alguien te preguntase lo que es una vieja del agua, tú sabrías contestar, o tendrías miedo que apareciese una “figura malvada”?

En verdad, la vieja del agua es un pez — ¡y muy conocido!

Si vieres este pequeño pez de río, apuesto que dirías: “¿Para qué quiero conocer esa tal vieja del agua? Ella es fea. Vive en la lama y en el lodo. ¡Qué asco!”

Bueno... Puede ser todo eso sí, estoy de acuerdo. ¡Pero este que ustedes van a conocer ahora es mucho, mucho más que un simple pecesito de río! ¿Vamos a entender por qué?



NADANDO CONTRA LA CORRIENTE

Doradito no es una vieja del agua común. Al fin, si fuese igual a todos los demás, no lo llamaríamos de Doradito. Las viejas del agua generalmente tienen color oscuro, quedándose bien escondidas en la lama y en el lodo de los ríos. Doradito también era así, pero después de un pequeño accidente se volvió diferente.

Todo eso pasó cuando él paseaba por el fondo del río en búsqueda de algún alimento... y ¡zas!, un anzuelo se enganchó en su aleta. Como si fuera poco, atada al anzuelo había una lata aplastada. La lata era toda dorada y relucía mucho. Ya que el pececito empezó a arrastrarla consigo para todos los lugares, le pusieron el apodo de Doradito.

La viejita del agua vivía cerca de la desembocadura de un río muy contaminado, y por eso su vida siempre fue muy difícil. A veces, el lugar se quedaba tan desierto... Doradito se sentía solitario ya que casi no tenía compañía. Entonces, charlaba la mayor parte del tiempo con la latita, que estaba siempre brillante en el medio de tanta suciedad.

—¡Hola, lata! ¿Todavía estás ahí? —preguntó Doradito queriendo charlar. —¡Ahora sé por qué me

sigues! No tienes a nadie con quien hablar...

Un día, Doradito se encontró con un pez conocido, una vieja del agua anciana, que estaba desesperada:

—¡No aguanto más, joven Doradito! ¡Vivo enferma en este río fétido! Dicen que subiendo la corriente, existe un paraíso, pero no tengo fuerzas para nadar más lejos. Voy a parar de nadar y dejar que el río me lleve hasta el mar, que llaman de “el desconocido”. Allá podré descansar en paz ... ¿Vamos conmigo?

—Puedo pensar, ¿señora? Podemos encontrarnos más tarde. —dijo Doradito a la vieja del agua.

Como no sabía qué hacer, Doradito conversó mucho con su lata:

—¿Y ahora, Latita? ¡Tengo miedo del mar desconocido, pero tampoco quiero quedarme aquí solito sin poder respirar bien!

Como siempre, la latita solo brilló reflejando la luz del Sol. Entonces, él tomó una decisión.

Más tarde, cuando el día ya se había vuelto noche, Doradito fue a encontrarse con la señora vieja del agua.

—Decidí ir con usted hasta el mar desconocido... —susurró Doradito, inseguro.

La señora vieja del agua había reclutado un grupo de peces, los cuales también estaban allí con ella. Algunos parecían flacos o enfermos, y seguramente todos estaban nerviosos y tenían miedo. Doradito le

dio una última mirada a su latita, con dudas si iría a encontrarla en el mar.

—Adiós, amiga —lloriqueó.

—¡Vamos! ¡Es llegada la hora, compañeros! —gritó la señora vieja del agua.

Todos los peces pararon de nadar. La corriente los agarró en un torbellino de velocidad. Se golpeaban unos contra otros, contra el fondo del río o incluso contra la basura que encontraban en el camino. Doradito se quedó de ojos cerrados todo el tiempo.

De repente, sintió un tirón que lo hizo parar.

—¿Lle-llegamos? —preguntó, trémulo.

Primero, abrió un ojo. Después, el otro. Doradito vio que no había ido tan lejos, pues su latita se había enganchado en un montón de basura, sujetándolo, mientras los demás peces se apartaban hasta que sumieron para siempre. El pececito lo entendió como una señal de su amiga, que le pedía que no fuesen nuevamente en aquella dirección.

—¿Ya no quieres ir hasta el mar desconocido, Latita?

La latita solo brillaba, reflejando la luz de la luna.

—¿No quieres? —más brillo. —Entonces, vamos a nadar al otro lado, contra la corriente! ¡Vamos a vivir una aventura diferente de la que viven los otros peces!



DOÑA MANCHA

Doradito y su lata decidieron subir el río, comandar sus destinos e ir contra la corriente. Era un gran desafío.

—¿Qué vamos a encontrar en el camino, mi amiga?
—la lata no respondió.—¿Será que existen peligros del lado de allá? Podremos conocer más peces con quien conversar... ¿Pero, y si ellos son más grandes y resuelven devorarme? ¿Me protegerás? ¡Ya sé! ¡Puedes confundir la visión de los enemigos con tu brillo!

Doradito conversaba y tiraba su latita noche adentro, hasta sentirse cansado. Todavía estaban en una parte muy contaminada del río, cuando, de repente, la viejita del agua no veía nada más, ni el brillo de la Luna, que era llena.

—Mejor que yo busque un lugar para dormir...
—dijo el pececito.

En ese momento, se oyó una voz gruesa:

—Ven a dormir aquí. Sigue mi voz. Estoy bien cerca...

Doradito fue al encuentro de la voz. Tal vez, ella pudiese ayudarlo a encontrar un cobijo.

—¿Quién es usted? —le preguntó Doradito, nadando en dirección a la oscuridad.

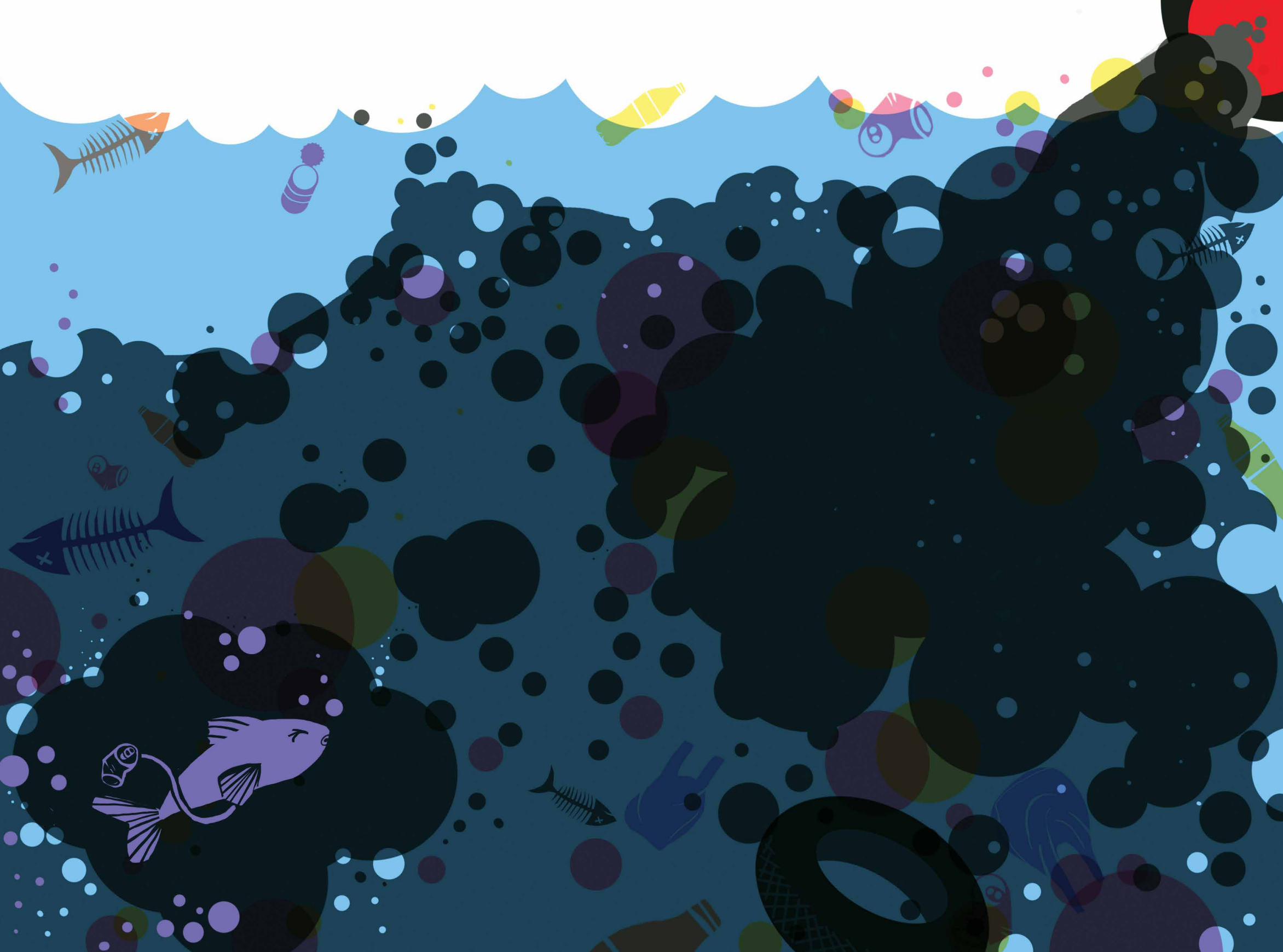
—Soy Mancha Negra, ¿no ves?

—¿Pero, dónde está? —respondió el pececito, que todavía no conseguía encontrar la tal Mancha Negra.

—Por toda parte... Si no me ves, es porque ya me notas. —dijo ella con la voz gruesa.

—¿De dónde viene? —preguntó Doradito, sintiendo miedo.

—Del caño que está arriba de la superficie. ¿No quieres dar una mirada?



—Pero yo no puedo ir a la superficie, Doña Mancha Negra. ¡Soy un pez!

—Curioso. Hace mucho tiempo que no abrazo un pez. Pensé que tú fueses una lata dorada.

—¡Ah! —Esta es mi amiga, Latita. Yo estoy atado a ella. —dijo Doradito.

—Interesante... ni yo consigo verte...

—¡Es que está muy oscuro aquí, Doña Mancha! —el pececito apretaba los ojos para ver mejor.

—Aquí siempre es así. —refunfuñó Doña Mancha.

—Creo que no estoy muy bien. —dijo Doradito, tosiendo. Él sentía un mal olor muy fuerte.

—La contaminación debe de estar haciéndote daño. Pero ella no es tan mala así, pues puede dar un fin más rápido para los que sufren. A todos les gusta reclamar de la contaminación, pero a la hora de tirar de la cisterna, ¿con quién piensas tú que ellos cuentan?

—¿Ellos quién, Doña Mancha?

—¡Ellos! Los seres humanos.

—¿Quién? —Doradito nunca en su vida había escuchado hablar de los seres humanos.

¡Hombres y mujeres! Son criaturas que viven en la superficie. No te va a gustar conocerlos, pues comen peces. —respondió Doña Mancha.

—¡Es..., creo que es mejor no conocerlos! —señaló Doradito, un tanto mareado.

—¿Hacia dónde estás viajando? —preguntó la Mancha Negra.

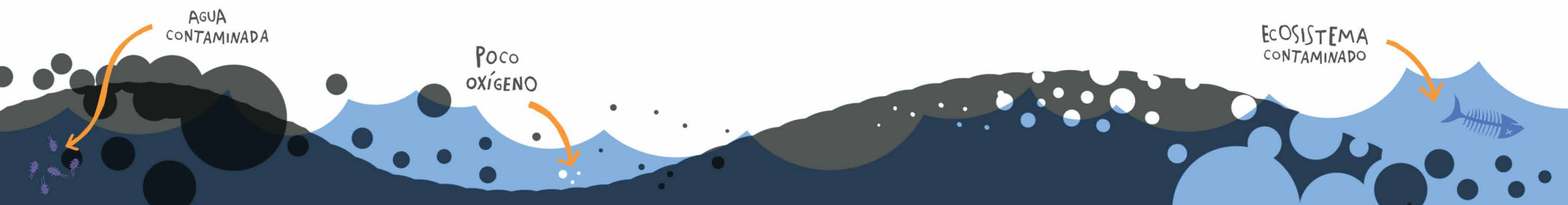
—Hacia...hacia el paraíso que existe más allá de la corriente... Un lugar más limpio y puro y... —contestó el pececito, cada vez más atolondrado.

—¿Quieres ser pescado, pez? —interrumpió Doña Mancha. —¡Su lugar es aquí, en mi abrazo oscuro, donde puedes dormir y olvidarte de todos los problemas del mundo! Ven a quedarte conmigo. Mi cama es caliente, y va a darte la paz que buscas...

Fue entonces que Doradito se dio cuenta de que la contaminación de aquel lugar era la propia Mancha Negra. Ella estaba envenenándolo poco a poco, con las palabras y con la alcantarilla. Él se puso asustado y reunió fuerzas para salir de allí.

Haciendo un gran esfuerzo, la viejita del agua nadó para lejos de aquel abrazo pegajoso, intentando no prestar atención a la voz gruesa de Mancha Negra, que resonaba cada vez más distante:

—No me incrimines, pez. La culpa es de los hombres y de sus cloacas. La culpa es de las personas y de la irresponsabilidad de ellas. ¡La culpa es de los seres humanos! ¡La culpa es de los seres humanos!





UN NUEVO AMIGO

El día amanecía cuando Doradito se despertó.

—¡Huy! ¡Buenos días, Latita! ¿Dormiste bien? —la lata brilló. Parecía contenta.

Doradito no sabía dónde estaba. Se había escondido entre unas ramas para huir de la desagradable Mancha Negra y se quedó dormido.

—Será que estoy seguro aquí? —reflexionó Doradito.

—¿Seguro? —una voz bien aguda gritó, jadeante —¡No puedo sostener nada más! ¡Ya estoy sobrecargada!

—¿Quién habla? — preguntó el pez, preocupado.

—¡Aquí, hijo! ¡Tú dormiste en mis brazos!

Las raíces del Árbol, que estaban sumergidas, conversaban con Doradito.

—¿Tú eres una raíz, no? —preguntó el pececito.

—¡Un tanto más que eso, cariño! —se rio el Árbol. —Tú ves solo parte de mí. Estoy aquí afuera, plantada a la orilla del río. Soy un árbol.



—¿Y qué es un árbol? —preguntó la viejita del agua, curiosa. —¿No contamina el río, no?

—¡Claro que no! En verdad, creo que el río no existiría sin mí. ¡Ja... ja... ja...! —¡el Árbol se reía y jadeaba!—¡Mi misión es rellenar el mundo de vida! ¡Es un trabajo muy importante!

—Entonces, ¿por qué dijiste que no quieres sujetar nada más? —le preguntó, dejando al Árbol sin gracia.

—¿A ti te parece que es fácil para mí? ¡Solito de esta manera, sostener tanta tierra! ¡No aguanto!

Doradito no estaba entendiendo nada:

—¿Sostener la tierra? ¿Qué tierra?

—¿Ves toda esta tierra alrededor del río? ¡Si no fuera por mis raíces, estaría todo aterrado y el agua no pasaría! —explicó el Árbol.

Doradito le dio una mirada a su lata. Quería ver la expresión de la amiga. Tal vez ella estuviese entendiendo ese tal de Árbol, que continuó:



—En esta orilla del río, solo yo permanecí. ¡Casi no tengo fuerzas para sostener tanta tierra! ¡Antes, había muchos árboles! ¡Cómo era bueno! ¡Charlábamos mucho! Sabe, criábamos pajaritos. Cada árbol con un nido diferente en sus ramas! ¡Pero eso hace mucho tiempo!

—No sabía que alguien trabajaba por el bien del río... —dijo Doradito, desperezándose.

—Así es, pero hoy en día son pocos los que respetan el río... —concluyó el Árbol, triste.

Doradito se acordó de Doña Mancha Negra y dijo:

—Estoy de acuerdo... conocí a alguien que solo estorba...

—¡Yo también conozco! —el Árbol sacudía sus raíces.
—¡Quién causa más daño es el ser humano! ¡Uf! ¡Tira todo lo que es porquería en el río, arranca mis hermanos árboles para transformar el suelo en pasto! ¡No me lo puedo creer! ¡El ganado no debe pastar a la orilla del río!

—¿Qué es el ganado? —preguntó Doradito, curioso como siempre.

—Ah... ¡Olvídate!. —retrucó el Árbol, cansado.

El pez resolvió preguntarle si él estaba en el camino correcto hacia la naciente, el paraíso. El Árbol le contestó:

—Algunos pajaritos me hablaron de un lugar, subiendo el río, que todavía está preservado. No puedo garantizar que ellos estén seguros. Tú no conoces los pajaritos... —el Árbol soltó una risita—Mentirosos...

—¿No quiere ir conmigo, Don Árbol? ¡Apuesto que allá existen muchos como usted! —exclamó Doradito, feliz con su idea.

—¡Ja... ja... ja...! ¡Todavía tienes mucho que aprender, mi hijo! Árbol no anda. Y aunque anduviese, yo no podría dejar mi trabajo. Tú sabes, tengo que sostener la tierra, si no este sitio corre el riesgo de desmoronarse.

A Doradito le dio pena dejar al nuevo amigo solito, pero siguió adelante. Llamando a Latita, que siempre lo seguía, continuó su búsqueda. ¿Quién sabe allá en el paraíso él encontrará un bello regalo para su amigo Árbol?

EL CAMINO DE AGUAS CLARAS

A cada momento de su aventura Doradito descubría cosas nuevas:

—¡Mira allá, Latita! —exclamó el pez, animado.
—¿Qué será aquello?

Doradito señalaba hacia un pequeño brazo de agua que se encontraba con el río. Pasando por él, enseguida notó que el agua no era sucia. —¡Qué alegría! —pensó Doradito acercándose más —¡Cómo esta agua es diferente!

El pez nunca había sentido agua tan limpia en la vida. Pensó, incluso, en seguir aquel camino de aguas claras.

—¡Alto ahí! —alguien dijo.

—¿Quién está ahí? —preguntó Doradito, mirando hacia todos los lados.

—Soy uno de los afluentes del río! —¡No te acerques! ¡gritó nuevamente el Afluente.

—¿Y qué es un afluente?

—¡No te hagas el tonto, pececito! ¡Cómo si no estuviese divirtiéndose con el frescor de mis aguas limpias!

—¡Ah! Tú eres este rico bracito de agua que llega al río! —sonrió Doradito, entendiendo todo.

—Soy sí... Pero no pienses que me vas a embromar con elogios. ¡No te dejaré entrar en mis dominios, si este es tu plan! —reforzó el Afluente, con la voz firme.

—Claro que no entraré en tus tales dominios, si eso va a contrariarte. Pero, dime, ¿por qué no puedo?

—¿A ti te parece que voy a dejar entrar en mi mundo una lata de aluminio como esa que tú cargas? ¡Ni muerto! A propósito, ya vi peces usando aretes, etiquetas, escamas teñidas, pero con una lata de aluminio colgada en la aleta... ¡Nunca! ¡Qué absurdo!





Al oír aquello, Doradito se puso triste:

—¡No hables así de mi amiga! ¡Ella se puede disgustar! ¡No entiendo por qué tanto miedo de una pobre latita!

El Afluente explicó, impaciente: —Una lata como esa, suelta en el río, demora una eternidad para degradarse. ¡Es una basura terrible!

—No es terrible... —lloró Doradito. —¡Ella es mi amiga, y tú la estás lastimando!

En fin, El Afluente se enterneció un poco y sintió pena de aquella criaturita tristona:

—¡Mi chiquillo!... ¡Intenta comprenderlo! ¡Existe una fábrica aquí al lado que ya tira demasiada basura en el río!

—Pero tú ni siquiera eres río... —sollozó Doradito.

—¡Claro que sí! ¡Formo parte del río! ¡Y una parte

muy importante! ¿Qué sería de un río si no existiesen afluentes para aumentar su caudal?

—Conocí un árbol que también se considera muy importante para el río... —dijo Doradito.

—¡Un árbol! —el Afluente abrió una sonrisa mansa —Él no está mintiendo. Al contrario, todos nosotros, seres que dependemos del río, somos responsables de su sobrevivencia.

—¿Incluso las personas? — preguntó Doradito, que quería saber más.

—¡Las personas! Sí, ¡incluso las personas! — dijo el Afluente. —Infelizmente, ellas también usan la inteligencia para construir fábricas que contaminan el río. No entiendo... Cuando niños, las personas adoran pescar y nadar en aguas claras. Después, construyen esos monstruos de contaminación.

—¿Dónde están tales criaturas? —indagó Doradito.

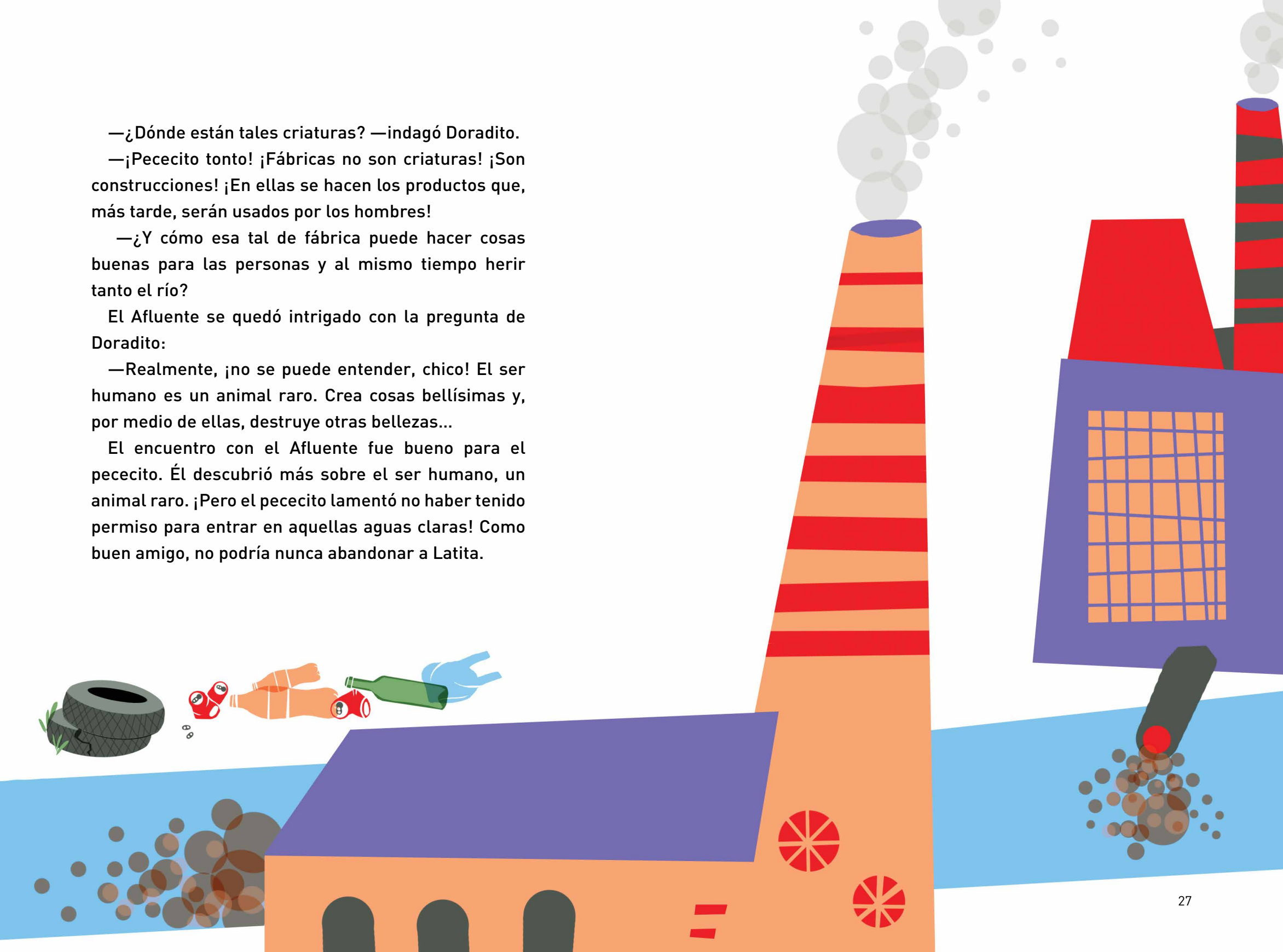
—¡Pececito tonto! ¡Fábricas no son criaturas! ¡Son construcciones! ¡En ellas se hacen los productos que, más tarde, serán usados por los hombres!

—¿Y cómo esa tal de fábrica puede hacer cosas buenas para las personas y al mismo tiempo herir tanto el río?

El Afluyente se quedó intrigado con la pregunta de Doradito:

—Realmente, ¡no se puede entender, chico! El ser humano es un animal raro. Crea cosas bellísimas y, por medio de ellas, destruye otras bellezas...

El encuentro con el Afluyente fue bueno para el pececito. Él descubrió más sobre el ser humano, un animal raro. ¡Pero el pececito lamentó no haber tenido permiso para entrar en aquellas aguas claras! Como buen amigo, no podría nunca abandonar a Latita.





ENCUENTRO CON EL SER HUMANO

Doradito continuó nadando, y ahora estaba bien cerca de muchas casas construidas a la orilla del río. Eran muy pequeñas, hechas de madera y ladrillos sin revoco.

—¡Mira, Latita! Es allí que las personas viven!

La latita brillaba mucho en aquel momento. El sol del mediodía estaba fuerte. Como el río estaba bien raso en aquel trecho, Doradito casi tocaba la superficie.

Fue así que él consiguió avistar por primera vez un ser humano. Se acordó, entonces, de lo que Mancha Negra había dicho: “los seres humanos comen peces”. La viejita del agua sintió miedo de ser pescada y nadó más rápidamente.

—¡Lata!—Doradito dijo, aflicto. —Creo que aquel ser humano nos está siguiendo! ¡Vamos a huir!

Realmente, alguien seguía el pez. Era la niña Lucía, que caminaba a su casa con su muñeca observando el

río casi seco y, de repente, notó el brillo de la latita que Doradito cargaba.

—¡Hay alguna cosa debajo del río! ¿Será un tesoro? —se preguntó la niña.

Ella pasó a seguir la latita, que brillaba más y más.

—¡Oye! El brillo va contra la corriente! —ella exclamó.

Doradito pensó en todo lo que le contaron respecto al ser humano y tuvo miedo. Pero, como no tenía donde esconderse, miró a su amiga —que brillaba mucho —y se armó de coraje para subir a la superficie y preguntar:

—¡Hola! ¿Por qué me persigues?

—¿Perseguir, yo? —Preguntó Lucía, sin creer que un pez pudiese hablar.

—Me estás siguiendo, ¡sí! ¡Hombre malo! —gritó Doradito, tragando el miedo.

Lucía respondió acercándose más a la orilla:

—Primero, no soy un hombre. Soy una niña. Segundo, no soy mala. ¡Solo quiero saber quién eres tú?

Doradito se acordó de lo que el Afluente le había dicho sobre los seres humanos cuando niños. A esa edad, ellos no ofrecen peligro. Sabiendo eso, el pececito dejó de huir y se acercó más a ella.

—¡Qué loco! ¡Un pez con una lata presa en la aleta!
—Sonrió Lucía.

—¡Loco digo yo! Nunca vi una niña hablar con un pez antes. —devolvió la viejita del agua.

Debo de estar impresionada con lo que la profesora enseñó en la clase hoy sobre el río y ando viendo cosas... ¿O será insolación?

—¿Por qué hablan de mi río? ¿Quieren aterrarlo? ¿Arrancar sus árboles? ¿Construir fábricas en sus márgenes? ¿Desviar sus aguas? —preguntó Doradito.

—¡Calma, pececito! Ya te dije que no soy mala. ¡Nosotros aprendimos en la escuela cómo proteger el río!

—¡No lo creo! —dijo el pez, desconfiado. —¿Humanos queriendo cuidar del río? ¡Novedad!

—¡De verdad! Conversando con la profesora, todos prometimos que, después de crecidos, cuidaremos del río. —afirmó la niña.

Doradito se acercó aún más de Lucía:

—Si cuando niños aprenden sobre la importancia del río, ¿por qué cuando crecen contaminan, derrochan el agua y devastan árboles?

La niña frunció el ceño, pensativa. El pez tenía razón. En su casa, por ejemplo, no se hacía nada para ahorrar agua.

—¿Pero lo qué mis amigos y yo podemos hacer, si quien manda son los adultos? —indagó Lucía, sentándose en el césped.



El pececito pensó por un instante, y contó toda la historia a la niña. Habló de la señora vieja del agua y de la contaminación en la desembocadura del río; se acordó de Mancha Negra y de su olor agrio; le contó también todo lo que aprendió con el Árbol y el Afluente.

—Tú dices que los adultos mandan, pero ¿qué tipo de naturaleza crees que ellos dejarán para ustedes cuando crezcan? ¡Mira hacia tu alrededor! ¡Ve como el río está secando! ¡Los niños deben ser el ejemplo de que el futuro necesita!

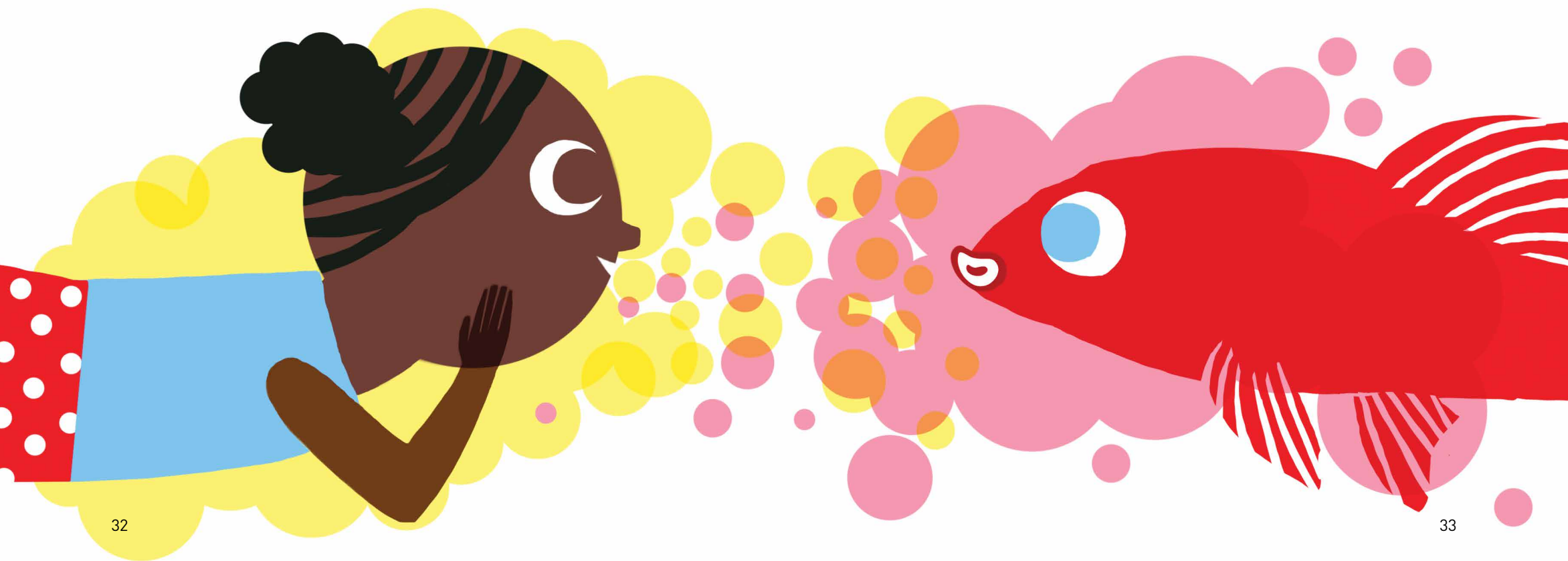
—Podemos ser el ejemplo de que el futuro necesita... ¡Sí! Mañana ya voy a conversar con mis amigos y

profesores. ¡Tuve una idea súper genial! —exclamó la chica, abrazándose a su muñeca.

Los dos siguieron charlando durante mucho tiempo a la orilla del río, hasta que Lucía oyó a su abuela que la llamaba.

—Tengo que irme ahora, Doradito. ¡Muchas gracias por los consejos! ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Quieres que te saque esa lata de tu aleta?

—No necesitas agradecer, Lucía. Con relación a Latita, prefiero no tirarla. Al fin, fue ella quien te hizo fijarse en mí... —dijo Doradito, apartándose de la orilla.





NACIENTE

Doradito no veía la hora de llegar al paraíso que decían que existe. Pero el tiempo pasaba y él solo encontraba contaminación por el camino.

—¿Estás segura que quieres continuar siguiéndome, Latita? —la lata brilló tímidamente. —¿Apuesto que estás curiosa por conocer el paraíso también, no?

Sin que Doradito se diese cuenta, el río se estrechaba más y más, y el agua se quedaba mucho más limpia.

— ¡Creo que estamos llegando, amiga!

Fue en una mañana, después de haber nadado toda la noche, que algo sucedió. El sol nació y esparció sobre el río una luz juguetona. El cielo se abrió y, entre piedras gigantes, el río pasaba, lindo, cristalino y puro.

El pececito se quedó encantado con tanta belleza. El agua era fresca y buena para nadar. Había muchos árboles plantados en las márgenes. Y muchos peces jugaban y saltaban, celebrando el nuevo día que nacía. Doradito estaba en la naciente del río.

—¡Llegamos, Latita! ¡Llegamos al paraíso!

Pronto, muchos peces vinieron a recibirlo. Nadaban y sonreían al visitante. Doradito también entró en el baile. No sabía que su río, tan contaminado corriente abajo, era tan lindo en su naciente.



Muchos árboles balanceaban sus ramas y mostraban sus pajaritos unas a las otras, chismeando.

— ¡Ah, si mi amigo Árbol estuviese aquí! —exclamó Doradito.

Los peces vinieron a hablar con él. Uno a uno se presentó:

—Soy Bagre, y ¿tú?

—¡Encantado, Bagre! ¡Soy Doradito!

—Y yo soy la Mojarra. ¡Encantada, Doradito!

—El gusto es mío, Mojarra.

Fue en ese momento, después de tanto nadar y luchar contra la corriente, el anzuelo que prendía la lata al pez se soltó y fue llevado por las aguas.

—¡No! —gritó Doradito, intentando en vano rescatar a Latita.

Pero su amiga era muy liviana y la corriente se la llevó. El pececito vio a la pobre latita arrastrarse río abajo hasta que sumió para siempre.

El pez lloró mucho por su amiga y también por sí. Al fin, sin ella, no podrían llamarlo de Doradito.

Sin embargo, en toda tristeza existe una fuerza que se esconde. Y la viejita del agua descubrió esa fuerza en sí en aquel instante:

—¡Voy a salvar el río, Latita! ¡Por ti, por el Árbol, por la Naciente, por el Afluente, por los niños y por mí! ¡Te lo Juro!





VOLVER A EMPEZAR

El pequeño Doradito pasó algún tiempo viviendo en la naciente del río para recuperarse de tantos años respirando contaminación. Cuando se sintió bien dispuesto, decidió partir.

—¡No te vayas, Doradito! —lloriqueó Bagre.

—Tengo que cumplir mi promesa, mi amigo. —explicó Doradito.

—¿Qué puede hacer un pequeño pez contra tanta contaminación? ¡Es mejor quedarse aquí, escondido!

—insistían todos.

Doradito encaró a sus amigos con una mirada decidida:

—Sé que no puedo hacer mucho. Pero también sé que, si nadie toma iniciativa, luego la basura estará aquí, en esta bella naciente. No tendremos para donde huir. El río se secará y será el fin.

Doradito nadó hasta cerca de la orilla del río y pidió para que uno de los árboles le diese una semilla.

—¡Claro, pecesito! —dijo Don Guayabo. —¡Aquí está!

De la rama más alta cayó una guayaba, que se golpeó en el suelo y se abrió en dos pedazos, tirando para



dentro del río algunas semillas. Doradito agarró rápidamente una de ellas con la boca y agradeció. Sería un lindo regalo para una amiga.

El pececito se volvió nuevamente a favor de la corriente y nadó por el camino que había recorrido antes, pero en el sentido opuesto. Vio el Sol y la Luna surgir y desaparecer del cielo varias veces. Pasó por diversos afluentes del río —algunos no tan saludables como el que había conocido.

Por el camino de vuelta, sintió nuevamente la suciedad y la basura y pasó por trechos bien secos. Pero no se lamentó. Tenía una misión a cumplir.

Después de mucho tiempo de viaje, avistó el Árbol, solitario, plantado en el medio de la erosión:

—¡Hola, mi amigo árbol! ¿Te acuerdas de mí?

—¡Mi cariño! Ja... ja... —Sonrió el árbol, cansado.

—¡Qué bueno volver a verlo! ¿Llegaste al paraíso?

—¡Conseguí llegar, mi amigo! ¡Y allá sentí la importancia de tu trabajo!

El Árbol se emocionó con el elogio:

—¡Qué es eso, niño! Sólo cumplo mi deber.

—Cumple su deber, sin problemas. Pero, de ahora en adelante, vas a tener compañía...

Para sorpresa del Árbol, el pez saltó arriba de la superficie y escupió, en un pedazo de tierra al lado, la semilla de guayaba que tenía en la boca.

—Ah, mi hijo... —se emocionó el Árbol...

No muy lejos de allí, en la escuela de Lucía, los niños comenzaron a organizar una campaña, que la niña llamaba de “Club del Río”, para salvar las nacientes.

—Lucía, ¿qué de verdad te dijo el pececito? —preguntó un colega.

—¿Es verdad que él tenía una latita enganchada a la aleta? —añadió otra colega, curiosa.

Y Lucía, de pie sobre un banquito, respondía:

—¡Sí! Él dijo que...

Es aquí que acaba (¡y recomienza!) la historia de Doradito. Ella sale del río que corre cerquita de la escuela, pasa de boca en boca, de sala en sala, de niño en niño... Y vuelve al río, en un ciclo, tal como es el ciclo de las aguas. Y es por medio de las palabras y de las acciones de ellos —los niños —que Doradito vive hasta hoy.





INSTITUCIONAL

Desde 2002, el pez vieja del agua Doradito convoca niños de todo Brasil para sentir, pensar y actuar en defensa de los ríos y matas ciliares. Actualmente, el proyecto cuenta con el apoyo de dos grandes aliados: el Instituto “Pelo Bem do Planeta” (Por el Bien del Planeta) y el “Play the Call”.

PELO BEM DO PLANETA

Trabaja en la prevención y mitigación de impactos generados por desastres naturales o por la actuación humana, siempre con la participación de las comunidades. Actualmente, la gestión de residuos y la educación ambiental son los principales ejes temáticos del Instituto. Buscamos soluciones que puedan, además de proporcionar un medio ambiente saludable, desarrollar económicamente las comunidades.

Para más información, acceda:
www.pelobemdoplaneta.com.br



PLAY THE CALL

Las actividades de la segunda etapa del Projeto Douradinho (Proyecto Doradito) son presentadas en forma de misiones con la yincana Play de Call. Play the Call es un juego global que ambiciona movilizar 2 mil millones de personas para salvar el mundo de verdad y está siendo creado por muchas personas talentosas de todas partes del mundo que creen que los niños y jóvenes tienen el poder de inspirar y liderar a los adultos para cambiar de actitud y salvar el planeta. La principal herramienta de este juego es la cantidad de recursos gratuitos disponibles tanto en internet, con informaciones y redes de apoyo, como en los recursos materiales y humanos. ¡Por eso decimos que, en ese juego, el tablero es la internet y tu barrio! Niños y jóvenes son desafiados a convocar parientes, amigos y vecinos para ayudarlos a cumplir las misiones de forma rápida, divertida y sin pagar nada por ello. La tarea de los jugadores es realizarlas y compartir los resultados en sus Medios Sociales para inspirar nuevas acciones por el mundo.

Para más información, acceda:
www.playthecall.com.br





El Proyecto Doradito es un programa cultural de educación ambiental. Nuestra misión es estimular la concienciación ambiental, involucrando alumnos y comunidades escolares en acciones de preservación y recuperación de los ríos y matas ciliares. Realizamos actividades que amplían el conocimiento respecto al tema “agua” (SABER), despiertan el interés por el medio ambiente (SENTIR) y fomentan la creación de grupos para la movilización socio ambiental (HACER).

Para más información, acceda:
www.projetodouradinho.com.br

Síganos en el Facebook:
www.facebook.com/projetodouradinho

Para contactar con el autor: thiago@caraminholas.com



Formado por los diseñadores paulistanos André Rodrigues y Larissa Ribeiro, al Estudio Rebimboca le gusta mezclar arte gráfico, ilustración y animación para hablar de política, derechos humanos, medio ambiente y bicicleta. En 2015 publicó *Quem manda aqui? —um livro sobre política para crianças (Companhia das Letrinhas)* y, en 2016, *A tentação da bicicleta (Editorial Nós)* y *Você já é feminista (Pólen Livros)*.

Para más información, acceda:
www.estudiorebimboca.com.br



Fundada en 2006, Caraminholas es el estudio creativo del escritor Thiago Cascabulho. Es un espacio que funciona como el taller de un artesano. Todo lo que es producido —proyectos educacionales, culturales, sociales, ambientales o de comunicación; libros infantiles y juveniles, conferencias, narraciones de historias, obras de teatro etc. —lleva la marca de la exclusividad con la firma del autor y es hecho con mucho cariño y responsabilidad.

Para más información, acceda:
www.caraminholas.com

TEXTO

Thiago Cascabulho

ILUSTRACIONES

Estudio Rebimboca

www.estudiorebimboca.com.br

TRADUCCIÓN

Fátima Mattiolo

PRODUCCIÓN

Y COORDINACIÓN EDITORIAL

Caraminholas

www.caraminholas.com

COPRODUCCIÓN

Instituto Pelo Bem do Planeta

www.pelobemdoplaneta.com.br

COORDINACIÓN GRÁFICA

Miolo

www.miolopg.com.br

EQUIPO PROJETO DOURADINHO

Eduardo Rocha Souza

Laura Amorim

Mariana Guimarães

Ricardo Abrahão

Thiago Cascabulho

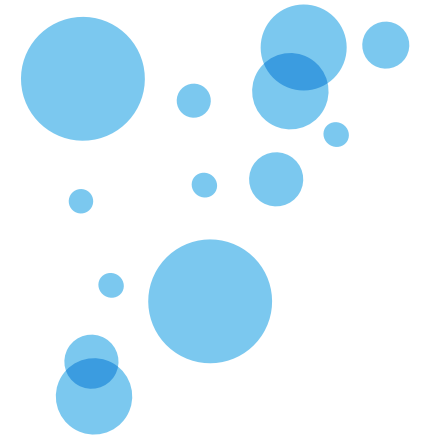
CONTACTO

thiago@caraminholas.com

+55 11 96586 8365

www.caraminholas.com

www.projetodouradinho.com.br



“Yo creía que el río era feo, sucio....
Ahora él me gusta porque aprendí
que Doradito vive allá...”

Isabella, 9 años, participante del Proyecto Doradito

www.projetodouradinho.com.br

COLABORADOR



PLAY THE CALL

taesa

PATROCINIO

Instituto
CCR

REALIZACIÓN

MINISTÉRIO DA
CULTURA

